

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción (Chile)

Año XXVII

Noviembre-Diciembre de 1950

Núm. 305 - 3 06

Puntos de vista

Medio siglo

COMPLETADA la primera mitad del siglo, conviene echar una mirada retrospectiva hacia el panorama de la vida nacional en los diversos aspectos de su desarrollo y de sus manifestaciones más vitales. Medio siglo en la eternidad, es apenas un leve signo que nada significa en el rodar del tiempo, mas, para la vida del hombre, es un lapso de singulares e intensas proyecciones.

En la vida de una joven nación como es Chile, estos últimos cincuenta años adquieren especial relieve, dentro del ejercicio de sus derechos de pueblo libre y soberano para orientar sus destinos hacia el progreso y la cultura a que aspiran todos los pueblos del orbe.

No es tarea fácil crear un espíritu y una mente culta en una sociedad nacida a la sombra de viejos prejuicios y arcaicas modalidades colectivas. Y en el caso nuestro fué doblemente difícil, pues el peso de la noche colonial gravitó durante todo el siglo pasado sobre los chilenos en general y especialmente sobre la clase dirigente, heredera de conceptos exclusivistas, al sustentar privilegios que se fueron manteniendo como un oscuro bastión de egoísmos que relegaban a las clases populares a situaciones de pauperismo e ignorancia que en el futuro habían de transformarse en amargos fermentos de rebelión.

Pero, no es precisamente este el momento de analizar y estudiar en lo profundo las causas que originaron esa inquietud. La injusticia social es un mal de todos los pueblos y germen de inmensas convulsiones sociales que han sido consignadas extensamente en las páginas de la historia. El desarrollo social de cada país y su progreso espiritual tiene características particulares que difieren notablemente por circunstancias de raza, de clima y de las infinitas leyes evolutivas que contribuyen a dar el carácter de una raza. Porque en el alma de una raza se funden elementos disímiles, aparentemente identificados a un común denominador, pero que afloran a la superficie cuando el pensamiento se canaliza en diversas corrientes de opinión.

Chile, en el proceso de transformación de su sensibilidad, se ha demostrado como un pueblo de pulso fuerte y sereno. La severidad despótica de Portales lo alejó del caos, encauzándolo por las vías del orden y de la honestidad ciudadana. Los presidentes que dirigen los destinos de la República durante cuatro decenios, demuestran un riguroso concepto, nada común en América, de sus deberes de gobernantes y de la forma austera como han de ser manejados los bienes públicos. Bulnes y Montt, especialmente, fundan colegios y establecimientos de enseñanza que sitúan a Chile en un lugar señero, como avanzada de cultura, con respecto a los demás países de América. Hombres como Sarmiento o como Bello, de pura estirpe americana y otros venidos de la vieja Europa le dan a nuestra enseñanza una categoría y una amplitud que no era común en América. Escuelas de Artes y Oficios, de Agricultura, de Música, de Pintura, y de otros conocimientos técnicos y especializados, aparte de las que funcionaban bajo la dirección de las facultades univertarias le auguraban al país la entrada a una zona iluminada de cultura. Eran pasos firmes y seguros, que permitirían a los hombres de Chile alcanzar una conciencia de sus derechos y responsabilidades ciudadanas, y ejercer plenamente sus deberes de hombres libres.

El exceso de facultades que la Constitución había otorgado al Parlamento y que coartaba en gran parte, con trámites y discusiones dilatorias, los proyectos que eran de iniciativa del Poder Ejecutivo, no llegaron a ser óbice para que en el país se organizara una estructura administrativa, que día a día se fué mejorando hasta adquirir una solidez que ningún vaivén político llegó a amagar en forma ostensible. Balmaceda, que lucha por que la acción gubernamental sea más rápida y efectiva para que la riqueza pública sea mejor aprovechada en beneficio del pueblo, es derrotado e incomprendido aún durante muchos años después de haber caído víctima de su ideal. Los chilenos, engañados por un falso concepto de libertad, ampararon los desbordes del Congreso, que en el fondo venían a lesionar el principio de autoridad que creara Portales en su empeño de cimentar la marcha de la República a base de una fuerte y expedita acción del Ejecutivo.

Pipiolos y pelucones habían definido sus posiciones y Lastarria, mentor de juventudes, adoctrinaba a sus huestes en los principios del liberalismo. Surge entonces entre ambos bandos una contienda de carácter ideológico, cuyas inquietudes principales se definían en los problemas de índole religiosa. En el hecho positivo la clase popular quedaba abandonada. Entregada totalmente a su miseria y a su ignorancia. Los bienes de la cultura aun no llegaban a la masa popular y es sólo a fines del siglo pasado cuando se advierten los primeros balbuceos de una ansiedad que comenzaban a exteriorizar sus aspiraciones, aunque sin tener un caudillo que se perfila con una mentalidad orientadora y definida, para organizar la lucha que había de dar al pueblo una participación en la gestión gubernativa y parlamentaria.

Enredados en la beligerancia polemista o prodigando su talento con fértiles muestras de su ingenio, en la sátira política los artistas de Chile casi no habían logrado, hasta fines del siglo, dar formas a la incitante sugestión contenida en el discurso con que Lastarria, en 1842, inaugura la Sociedad Literaria. Manifestaciones esporádicas, auguraban, sin embargo, en este arte frutos de

sazonada calidad. Vicente Pérez Rosales en sus «Recuerdos del pasado», comprueba tal aserto. En páginas cargadas de emoción y de belleza nos deja nítidas y coloridas estampas de Chile, de los albores de la independencia. Algunos novelistas como Moisés Vargas, Martín Palma, Vicente Grez y Daniel Barros Grez realizan una obra que oscila entre el folletín y el relato de costumbres, ambientado en la época, sin alcanzar ninguno de ellos una categoría superior. Sólo en don Alberto Blest Gana, se puede señalar a un artista con verdadera conciencia estética y con ideas precisas de la técnica literaria. Residente en París, y bebiendo en la fuente misma las ideas y fórmulas de que se valían los novelistas franceses para realizar sus obras, el chileno pudo apreciar en su esencia más prístina, la importancia que tenía el hecho de crear una literatura en que se reflejara el carácter y la naturaleza de un país. En la tierra de Balzac, de Zola, de Flaubert, de Maupassant y de Daudet, hizo lo que el genial lusitano Eça de Queiroz, que escribía en Inglaterra sus mejores novelas del ambiente portugués. «Martín Rivas», «El loco estero», «Durante la reconquista» son libros en que palpita la vida chilena de su tiempo, con todo el genuino sabor de sus costumbres, de sus creencias y usos. Y en «Los trasplantados», Blest Gana nos da en imágenes felices y certeras, la visión de todo el panorama grotesco de los americanos enriquecidos que iban a botar su dinero a París. Eran los rastacueros que daban tema a las canciones picarescas, que desde los teatros salían a la calle para hacer reír a los parisienses con la ingenuidad bobalicona del indiano que creía que todo se puede alcanzar con el dinero.

Pero no hay duda que es en los albores del siglo que vivimos, cuando el espíritu y la sensibilidad artística de Chile se manifiesta como un fruto en sazón. Es evidente el influjo del liceo en la formación de una mentalidad culta que permite los desahogos de una emoción más afinada. Los artistas de Francia y los pensadores alemanes han provocado una inquietud que enciende bellos resplandores internos en el alma de quienes se sienten tocados por el influjo mágico del arte.

Un aire de ensueño hace más bella y liviana la atmósfera del novecientos. Y no es sólo Lutecia la que provoca este tremolar de ideas y de anhelos superiores. Desde el fondo de la lejana Rusia llega también el mensaje de un hombre que cree que la belleza y la bondad pueden ser las bases fundamentales de la condición humana. Tolstói el iluminado de Yasnaia Poliana, su posesión de campo en donde vive retirado de toda beligerancia activa, alcanza con sus ideas hasta los más remotos confines del mundo. De su barba venerable que se lleva el viento de la estepa, surge una especie de latido milagroso que lleva el mensaje de su corazón de apóstol.

Un fulgurante estallido emocional abre las compuertas del hermetismo artístico en que ha vivido Chile hasta ese momento. En la alborada del novecientos aparece una brillante generación de escritores que miran hacia su tierra y su gente, consagrándose a expresarla en un verso o en una sabrosa página de prosa henchida de sabor vernáculo. Las artes plásticas se manifiestan igualmente con vigorosa y auténtica expresión de chilenidad. Acaso es la música la única manifestación estética que se queda por ese tiempo, un tanto relegada en este florecimiento inusitado en que el alma de Chile comienza a verse con brillo y lozanía.

Y mientras se produce este poderoso brote del sentimiento autóctono transmutado en arte, la enseñanza impartida en colegios y liceos comienza a adquirir un desarrollo extraordinario. Los pedagogos contratados en Europa, imprimen a sus métodos y normas educativas una modalidad moderna, adaptándola al carácter chileno, identificándola con el alma de la raza. Y como el liceo sólo cumplía una función restringida de dar cultura, se fundaron entonces establecimientos que prepararán a los chilenos para conquistar el pan de cada día por medio de conocimientos prácticos que les hagan aptos para desempeñarse con eficiencia en los diversos órdenes de la actividad nacional. Así surgen los institutos comerciales, las escuelas profesionales para mujeres, las escuelas de artesanos, las de técnicos industriales, de expertos en pesca y

caza. A esta breve enumeración habría que agregar una buena cantidad de otros establecimientos de índole semejante, cuya necesidad se hace urgente, exigida por los adelantos de la vida moderna.

Una mayor cultura colectiva y una sensibilidad más aguda, permitió que en el panorama político de la nación se perfilaran, nítidamente, las tendencias que dividen los partidos en que se manifiesta la opinión pública. Hombres, ideas y acontecimientos pasan en desfile vertiginoso por este medio siglo de los descubrimientos portentosos. La existencia humana ha variado en muchos de sus aspectos tradicionales. La velocidad de los aviones achicó el mundo y las guerras gigantescas que sufrió la humanidad en este medio siglo han puesto un signo de desconfianza y de desencanto en el corazón del hombre. Armas de siniestros y pavorosos efectos amenazan a una civilización enferma y decadente. Y en nuestro país, como en todos los rincones del mundo, se divisa la sombra fatídica y fantasmal de una nueva guerra. Pero no podemos ser pesimistas al extremo de creer que el destino de la humanidad está irremisiblemente perdido. Este trance se produce, precisamente, porque medio mundo estima que los sistemas de gobierno que hasta ayer han imperado, están en crisis. En una crisis total y absoluta. Esto según la doctrina comunista que se extiende por Oriente. El otro medio mundo defiende el sistema democrático, que con todos sus defectos da, por lo menos, libertad al hombre para luchar y equiparar sus posibilidades con el más encumbrado y poderoso personaje. La libertad es un bien superior que una democracia bien constituida garantiza, pero es indudable que ella debe ser perfeccionada, a base de una mayor justicia social. De mayor generosidad solidaria dentro de la sociedad humana. El hombre no puede ser digno cuando tiene hambre y está humillado por toda clase de privaciones y vejámenes.

Es esta la bandera que alza Arturo Alessandri en nuestro país, cuando se convierte en el adalid de las reivindicaciones proletarias. La «querida chusma», como él tan pintorescamente llamó al pueblo, le sigue enloquecida de ilusionado fervor. Alessandri es

un revolucionario que, de golpe y porrazo, arremete contra todos los prejuicios y normas establecidas hasta entonces en el campo de la política eleccionaria. Le ofrece casas al pueblo, le ofrece previsión social, le ofrece asistencia médica. En suma, pan, techo y abrigo. Con este programa de amparo a la clase popular, en la lucha más violenta y apasionada que ha visto la República, Alessandri llega al poder supremo de la nación. No pudo, naturalmente, cumplir todo lo que le ofreció al pueblo, pero ese hombre de quien cierta gente dijo que fué quien «insolentó a los rotos», obtuvo leyes que beneficiaban directamente al proletariado y a la clase media. Las cajas de previsión y de habitaciones para obreros y las diversas leyes de protección al trabajo, hicieron cambiar notablemente las condiciones en que hasta entonces vivían los artesanos y trabajadores manuales.

Difícil tarea es abarcar en líneas tan someras el panorama nacional desarrollado a lo largo de estos cincuenta años en las diversas actividades de la vida chilena. Como un reflejo de la inquietud universal, nuestro país vive horas difíciles y se halla abocado a problemas que pondrán a prueba el temple de los chilenos. Pero no cabe duda alguna que en el aspecto cultural, en el desarrollo de su comercio y de sus industrias, en la severa y contenida gestión de su política interna y externa, Chile se muestra como un país de fuerte vida institucional. No se podría asegurar a ciencia cierta, si es la crisis moral que agobia al mundo, la que también hace flaquear nuestras normas habituales de convivencia. Una sorda efervescencia que es como un frenesí o delirio colectivo, ha resquebrajado la moral de la ciudadanía. Hay un manifiesto desborde de apetitos que relajan las austeras y severas costumbres del pasado. Sin embargo, como afirmamos, la vida institucional de Chile resiste bien este desmoronamiento de la moral que se inicia arteramente. Es de esperar que no siga cundiendo. Y que la paz del mundo se afiance en un entendimiento generoso, que permita encontrar una solución en este dramático entreviro a que están abocados Oriente y Occidente.